

Ya nadie puede engañarse

Por Jaime Guzmán



A principios de esta semana el dirigente democristiano Juan Hamilton declaró lo siguiente:

"Es obvio que si gana el 'No' en el próximo plebiscito, no va a ser un 'No' sólo a la persona del candidato del Gobierno. Será un 'No' a la continuación del régimen y un 'No' a la institucionalidad del régimen".

Pocas veces ha habido declaraciones más oportunas y esclarecedoras para abrirles los ojos a muchos chilenos.

Desde hace mucho tiempo los sectores más radicalizados de la oposición han advertido que ellos no se conforman con el cambio del actual Presidente de la República, sino que aspiran a una ruptura institucional. En otras palabras, a destruir la obra medular del actual régimen, haciendo retroceder a esquemas muy similares a los que fracasaron definitivamente en 1973, pero que los opositores tanto añoran.

Así por ejemplo, esta misma semana, al anunciar una nueva coalición con sus congéneres marxistas, la Juventud Demócrata Cristiana ha declarado que la derrota política del actual Gobierno "no puede ser meramente electoral, en el marco de la actual Constitución", ya que lo que ellos denominan la "liberación nacional" sólo "es factible con el término integral del sis-

tema, y no sólo con el solo cambio de Pinochet y de las expresiones más evidentes de tal sistema".

Pues bien, hasta ahora muchos pensaban que éste era el predicamento únicamente del sector más "izquierdista" del Partido Demócrata Cristiano. De aquel que se siente más cómodo en alianzas con el comunismo.

Se suponía por algunos que el sector democristiano más "moderado" no compartía esos criterios, siendo posible esperar de él una alternativa razonable.

El Sr. Hamilton se ha encargado de disipar semejantes expectativas. Símbolo del ala "moderada" de su partido, él ha advertido a la opinión pública que la eventual victoria del "No" implicaría hacer tabla rasa de la institucionalidad vigente.

Aun cuando se pretenda presentar ese quiebre institucional como el inicio de una "negociación" entre las fuerzas opositoras entonces triunfantes y las Fuerzas Armadas, el buen sentido del chileno le permitirá percibir que la realidad sería muy distinta.

Queda claro que el triunfo del "No" colaría a Chile ante el abismo y sumiría el destino de cada chileno en la más total y dramática incertidumbre. Después de la confesión de Juan Hamilton, nadie tiene derecho a engañarse al respecto.

El político y el pensador

Por Luis Felipe Alarcón

El pensador y el político, dos ejemplares de hombre que han condicionado el transcurso de la historia universal. El pensador en el orbe de las ideas: el pensar es lo sustantivo, la verdad es lo que importa. El político en el orbe del acontecer: la acción es lo sustantivo, la obra es lo que importa.

Sin embargo, como los conceptos de político y de pensador constituyen abreviaciones, las diferencias que se establezcan permanecen en lo relativo.

El pensador adecua su pensamiento al orden constitutivo de las cosas, para que sea verdadero. La filosofía por sí misma no puede modificar realidad social alguna. Y cuando el filósofo lo pretende, fracasa, como Platón, vendido en calidad de esclavo.

Ortega y Gasset denomina "El espectador" a la serie primera de sus ensayos. Esta actitud contemplativa se torna insuficiente para quien juzga capital la reformación del mundo. Asevera Marx: "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo".

El hombre se ha preocupado desde épocas remotísimas en los misterios que circundan su existencia. Intenta comprender a su manera el mundo en torno. Los mitos son conatos de interpretación. Potencias mágicas conducen el universo. Se requiere de brujos y nigromantes. En las ciudades helénicas los pensadores inician la era de la razón, cuando se resquebraja el mito de los dioses, humanos en demasia. En la Edad Media, los pensadores lucen hábitos sacerdotales. En tiempos posteriores aún conservan el añojano anhelo de trascendencia: ¿qué es el hombre?, ¿goza su existencia de sentido?, ¿es únicamente esta ceniza del polvo cósmico, simple fugacidad en los milenios?, ¿o está de alguna manera anclado en lo eterno?

El ser humano ha luchado desde sus inicios con la fiera, el pantano inhóspito, las asperezas, la tierra. Vivir es laborar y escudarse. En una mano la azada, y en otra, la espada. Los guerreros defienden de la esclavitud o del exterminio. El recorrido de la historia se cubre de sangre. La política es continuación de la guerra con otros medios, se ha aseverado.

El político conoce sus propias fuerzas y las del adversario, la contextura de la época, la circunstancia y las condiciones del combate. Es

del linaje del guerrero, el pensador lo es del sacerdote. Castillo y monasterio constituyen sus mansiones medievales.

Filosofía es amor al saber. El pensador anhela contemplar las cosas como son, en su esencia, sin velos. Sócrates, el erótico, va a la caza de la verdad, como un sátiro tras las ninjas veleidasas del bosque, que se insinúan y luego se desvanecen. Indesmayable persigue sus sombras, en el saber del no saber. Por eso, suele andar desconcertado.

Todo filosofar es socrático, en el sentido de reparar en la finitud de sus límites, incógnita detrás del horizonte. El filósofo indaga siempre, sumergido, inhabil ante lo extremo. Es el hombre de los problemas sin fin, quizás sin solución. Requiere de disciplina interior para atravesar sin desaliento estos valles en penumbra. No va en busca del aplauso, ni le interesa ser mirado o admirado. Vida ensimismada. Tales se cae en un pozo por mirar las estrellas. Ve dentro de sí, o lo más lejano. Quiere adentrarse en el silencio, en la intimidad de su silencio.

El político es el hombre de las soluciones prácticas. Cuando se le pide a Alejandro Magno que despeje la incógnita del nudo gordiano, imposible de desenredar porque sus cabos se hayan ocultos, corta el nudo de un sablazo. Así resuelve la dificultad. No es solución para los interrogadores atómicos. Pero lo es desde la perspectiva de la empresa en que no interesan los recovecos de la verdad. Para el hombre activo el hacer resuelve los problemas. Lo demás es bizantinismo.

El político y el pensador se ubican de diversa manera frente al problema de la verdad. El político divisa la verdad en relación con el fin propuesto. Veracidad o mentira juegan un papel aledaño y dependiente. Dice lo que tiene que decir. Lo demás lo calla. El pensador se escandaliza ante el habla y el silencio del político. Advierte sus falsedades. ¿Cómo puede atreverse a engañar de esta manera?

Para el pensador la verdad es fin último, esto es, la adecuación de la idea con la cosa. Su más alto orgullo radica en evidenciar el ser profundo de los entes. En cambio, para el político, la verdad es un medio. Por eso calla cuando le conviene, o incluso mistifica, de ser necesario.

* (De "El Comercio", de Lima)

La norma y la excepción

Por William Thayer Arteaga



1.- Dice un antiguo refrán que "La excepción confirma la regla". Otros expresan la misma idea en forma aún más sencilla: "No hay regla sin excepción". Es lo que ocurre con la opción entre plebiscito y elecciones abiertas. Nadie discute, al menos en Chile, que la norma es la elección abierta. El debate tiene sentido frente a la posibilidad, conveniencia o necesidad de un plebiscito excepcional para la designación de quien regirá los destinos de Chile en el próximo período presidencial. Aparece entonces como una verdadera majadería empeñarse en un debate sobre plebiscito o elecciones plurinominales o abiertas cuando nadie discute la conveniencia de éstas como norma general, ratificada por los preceptos permanentes de la Constitución que nos rige.

Interesa examinar, una vez más, el porqué de la excepción constitucional y en qué condiciones ella no se justificaría.

2.- Los lectores de esta columna saben cómo he insistido en que el paso de un régimen militar de excepción a una democracia civil estable requiere que el Presidente elegido cuente con un doble respaldo: el de la mayoría ciudadana y el de las Fuerzas Armadas y de Orden. La civilidad o los militares solos no representarían una base suficiente de libertad y democracia.

Ahora bien: en la norma, las Fuerzas Armadas y de Orden no tienen intervención en el proceso de elección presidencial, porque se supone que los candidatos, quienes los apoyan y el régimen que pretenden, se mueven dentro del marco de una insti-

tucionalidad democrática y libre, respaldada por la Carta Fundamental. Pero cuando este supuesto no se da, la situación deriva de la norma a la excepción. Así, la persistente pugna de sectores políticos importantes por desconocer las bases constitucionales que el país se dio en septiembre de 1980, mediante la concordancia entre la mayoría ciudadana que votó un texto constitucional (67%) y las Fuerzas Armadas y de Orden, que lo propusieron, torna imposible y arriesgada la norma general, esto es la participación ciudadana sin intervención de los uniformados. Lo que éstos y una parte principal de la civilidad temen es que en una elección normal de Presidente se pueda operar cualquier dispersión de votos en la primera vuelta, pero el renacimiento en la segunda vuelta, con cualquier nombre, de la alianza DC-UP, que condujo a un gobierno marxista-leninista en 1970. Esto es

lo que los militares no aceptan ni aceptarán jamás, y que los que deseamos una democracia civil estable y no revivir los avatares del periodo 1970-1973 tenemos que precaver.

3.- Por eso pienso que si en lugar de un "Comité por Elecciones Libres" se hubiere constituido un movimiento de unidad democrática, destinado a cerrar el paso a cualquiera tentativa de reinstalar al marxismo en el poder, nos habríamos acercado a la norma y habría perdido fuerza o razón de ser la excepción.

Durante varios años hemos sido uno de los muchos que pugnamos por esa unión. Debemos reconocer que hasta ahora no hemos tenido éxito.